

Presentación de mi Libro ***Pena Capital y Otros Ensayos***

Quisiera empezar por reconocer que no tengo seguridad, o que cada vez la tengo menos, respecto a la realidad de eso que podríamos llamar la ‘tradición filosófica’ (occidental). Es innegable que hay eso que se conoce como “historia de la filosofía”, “historia de las ideas”, disciplina, dicho sea de paso, particularmente apasionante. Pero ¿qué tanto no hay de auto-engaño, individual y colectivo, cuando se ejercita uno en ella? Ludwig Wittgenstein, por ejemplo, comenta lo siguiente: “Muchos pueden ver con suficiente claridad que los pensadores griegos no eran ni filósofos ni científicos en el sentido occidental, que los participantes en los Juegos Olímpicos no eran deportistas y que no encajan en ninguna ocupación occidental”¹. Lo que Wittgenstein afirma en relación con los Pre-socráticos me parece incuestionable, pero ¿no lo será también con respecto a, por ejemplo, Platón? Y si lo que él dice se aplicara también a Platón ¿no valdría entonces lo mismo para Aristóteles, para Epicuro, para San Agustín, para Spinoza, etc.? Todos esos grandes filósofos del pasado, es cierto, se enfrentaron a enigmas de, verbigracia, teoría del conocimiento, pero Platón, por ejemplo, disponía de **una** palabra (*logos*) que equivale a alrededor de cien nuestras! En esas condiciones ¿podemos estar seguros de que discutimos, aquí y ahora, lo mismo que él? Lo menos que podemos decir es que la duda a este respecto no es descabellada o irracional.

No me propongo iniciar aquí un debate en torno al relativismo. Lo que por medio de estos retazos de pensamiento me interesa destacar es más bien otra cosa, algo a primera vista contradictorio pero que en el fondo no lo es, a saber, el carácter histórico y mutante de la meditación y la especulación filosóficas, por una parte, y su constante vigencia, por la otra. Desde luego que no es lógicamente imposible que se hubiera producido un gran malentendido colectivo y que los filósofos se hubieran sistemáticamente equivocado pensando que formaban parte de una gran hermandad trans-histórica. El asunto es escurridizo y, como dije, aquí no intentaré siquiera esbozar una posición al respecto. Empero, sí creo que, dejando de lado la cuestión de los temas internos de la filosofía (*i.e.*, de metafísica, epistemología, ética, etc.), algo que permitiría reconstruir a la gran familia filosófica es la **clase** de preocupaciones de quienes a ella se dedican y lo que al respecto deseo sostener es que los temas de la filosofía **sería** tienen que ser siempre temas importantes, cruciales, decisivos en la vida y el trabajo de las personas. Nos daremos entonces cuenta de que un filósofo es de alguna manera alguien cuya misión es,

¹ L.Wittgenstein, *Culture and Value* (Oxford: Basil Blackwell, 1982), p.16^e.

entre otras, la de orientar a los demás, la de ayudar a que otros realicen en forma cada vez más efectiva su trabajo, en ciencia, arte, política o religión, o, también, al individuo normal en su vida cotidiana, vida ésta plagada de inesperadas dificultades, costosos problemas, dolorosos tropiezos. Desde esta perspectiva, un genuino filósofo no es nunca, en público o en privado, un ser ocioso, un pensador redundante. Así contemplado, un auténtico filósofo no es necesariamente aquel hombre a quien todos aclaman, sino simplemente alguien que enfrenta en forma racional y con determinadas técnicas de debate temas álgidos, controvertibles, difíciles, y que trata de elaborar algún pensamiento serio al respecto, **con total independencia de sus consecuencias**. Los grandes filósofos, ciertamente, son aquellos hombres que pasaron a la historia por haber dicho cosas originales, profundas e importantes (y no todos podemos ser filósofos grandes, en ese sentido), pero la condición lógica para ello es que se pronunciaron sobre temas que en sus respectivas épocas eran **objetivamente cruciales**. Por otra parte, para quienes profesionalmente trabajan en filosofía las consecuencias, positivas o negativas, de sus ideas no son factores que puedan contar en lo más mínimo para la realización de su trabajo, de su actividad intelectual. Así, pues, tratamiento de temas socialmente importantes y compromiso total con los puntos de vista expresados son dos rasgos que están presentes en todo trabajo filosófico serio. Quisiera pensar que, además de estas dos virtudes, mi libro contiene también verdades. Sobre esto, sin embargo, creo que lo conducente será cederle la palabra a los comentaristas.

Regresemos a nuestro tema: la filosofía real. Recordemos que en filosofía proliferan las escuelas, las tendencias, las posiciones. Quien hace filosofía inevitablemente se ubica en alguna de ellas. Y deseo sostener que la filosofía útil lo es desde luego porque es superior a las alternativas desde el punto de vista de la verdad en relación con los temas sobre los que explícitamente versa, pero también porque proporciona elementos para responder mejor a lo que son las inquietudes de la época, independientemente del contexto de que se trate. La investigación y el debate filosóficos, para que sean útiles y puedan rendir los frutos que sabemos que pueden rendir, tienen entre otras cosas que versar sobre temas no banales, sobre temas cruciales, independientemente de la temática de que se trate. Ahora bien, en general, la investigación filosófica se desplaza por dos grandes vertientes. Por una parte, está la filosofía técnica, es decir, aquella en la que se usan tecnicismos de diversa índole y que, aunque en principio de interés para todo mundo, de hecho, por diversas razones, sólo los especialistas discuten. Por ejemplo, cuestiones de filosofía del lenguaje, como las teorías del significado para los lenguajes naturales, son ciertamente de interés para todo mundo, pero no todo mundo entiende lo que está en juego, está al tanto de las discusiones, etc. Lo mismo pasaría con multitud de cuestiones de filosofía de la ciencia o de la lógica. De temas así el hombre común

puede desentenderse. Empero, hay temas de los cuales por más que quiera no puede zafarse, temas que en principio deben ser tratados de manera racional, porque tienen que ver con su vida y porque sus decisiones, que inevitablemente tiene que tomar, lo marcarán, en un sentido o en otro. Muy probablemente, los pensamientos que haya yo podido elaborar sobre los temas abordados en el libro que hoy presentamos deje a todo mundo insatisfecho. Dos cosas, empero, sí reivindico para la filosofía en él plasmada: primero, que los temas de los que me ocupo, como lo son el aborto, la pena de muerte, el racismo o los derechos humanos, son importantes para nuestros conciudadanos aquí y ahora, con lo cual justifico, por así decirlo, su redacción, y, segundo, que en él se recurre a una técnica filosófica que, inclusive si se me demostrara que yo mismo apliqué mal, de todos modos sigue siendo útil y podría ser aplicada debidamente por alguien más diestro que yo. Pasemos ahora rápidamente a cuestiones de contenido.

Una vieja imagen usada a menudo en política, pero que nosotros podemos adaptar a nuestros propósitos, es la siguiente: en el mundo no hay espacios vacíos. Tan pronto una fuerza retrocede, otra ocupa el espacio liberado. Eso es, deseo sostener, lo que en la actualidad ha pasado en nuestro país con la filosofía. Por no haber estado a la altura de sus obligaciones, la filosofía ha cedido su terreno, del cual se han apoderado periodistas, poetas, científicos, políticos y hasta curas. Por no haber cumplido con su labor, quienes en México se ocupan de filosofía permitieron que hombres de otras profesiones intentaran realizarla. Es un hecho que, sobre temas filosóficos, todo mundo en México se cree autorizado a pronunciarse. Es evidente, sin embargo, que por capaz que sea una persona en un determinado dominio del saber, su excursión hacia terrenos para los cuales no está preparada tiene que tener consecuencias deplorables. Sostengo que, con contadísimas excepciones, eso es lo que ha sucedido en México. Todo esto, sin embargo, indica por lo menos dos cosas, las cuales quisiera hacer explícitas.

En primer lugar, lo que he dicho, si es acertado, realza el carácter omniabarcador de la investigación filosófica. Los temas sobre los que puede laborar la filosofía son múltiples y van desde los más abstractos hasta, como veremos, temas (por así llamarlos) “cotidianos”. En segundo lugar, se pone de manifiesto la importancia de la filosofía, su indispensabilidad: inclusive cuando no hay profesionales de la filosofía en el panorama, siempre aparece alguien que siente la necesidad de practicarla e intenta llenar el vacío. Contrariamente a lo que muchos piensan, la reflexión filosófica tiene realmente un carácter vital.

El libro que esta noche presentamos representa un modesto esfuerzo por romper con esta “tradicción” (por no decir “maldición”) y por devolverle a la

filosofía, aunque sea mínimamente, sus funciones más elementales. Los temas abordados no caen bajo ninguna de las ramas conocidas de la filosofía: metafísica, teoría del conocimiento, filosofía del lenguaje, de la mente, lógica filosófica, filosofía de la religión, etc., aunque ocasionalmente se usan resultados alcanzados en las diversas ramas de la filosofía. Pero de lo que se pretende hablar y discutir en el libro es más bien de temas de interés humano universal. En efecto, temas como la pena de muerte, la eutanasia, el racismo, el sentido de la vida, el aborto, la risa y otros por el estilo son, por así decirlo, propiedad de los individuos en general, no nada más de ciertos especialistas. El objetivo del libro, empero, no es proponer una serie de tesis al respecto, sino más bien, por medio de análisis filosóficos concretos, aclarar los temas en cuestión y desenredar, en la medida de lo posible, las dificultades intelectuales en las que están envueltos y que impiden que nos formemos la visión correcta del asunto de que se trate. Sobre esto quisiera decir ahora unas cuantas palabras.

Creo que todos estaremos de acuerdo en que, a menudo por lo menos, es relativamente fácil caer en el error de identificar genuinos problemas vitales con confusiones conceptuales. En efecto, hay ocasiones en las que lo que nos complica la vida, lo que nos impide seguir adelante es una dificultad auténtica, cuya solución por el momento nos elude. El problema es objetivo y todo mundo podría en principio entender en qué consiste. Empero, hay ocasiones en las que lo que nos detiene es más bien un espejismo, un nudo, un enredo. En ocasiones así, no tomamos decisiones (o tomamos las malas) no porque haya algo que desconocemos, porque no sepamos calcular, etc., sino porque estamos semi-perdidos en una situación que ni siquiera comprendemos del todo. Un caso paradigmático de esto último es el de la eutanasia: ¿cómo vamos a decidir si aceleramos o no la muerte de un organismo dado si ni siquiera sabemos si eso que resta del ser que tanto quisimos sigue siendo una persona o dejó de serlo? En casos así, no avanzamos no porque se desconozca un hecho en particular, sino porque ni siquiera tenemos una idea clara de cómo enfrentar el problema que nos aqueja. En casos así, de lo que se trata es no de intentar a toda costa proponer soluciones, sino más bien de despejar una cierta neblina mental, que es lo que nos paraliza. Para una confusión así no puede haber una solución. Lo único que puede ofrecerse es una disolución. Un problema se supera, una confusión se elimina. En todo caso, una solución será alcanzable únicamente después de haber limpiado el terreno de toda clase de enredos, sólo que muy probablemente entonces veremos que el problema no era lo que nosotros pensábamos que era o como era. Y una de las tesis centrales del libro es precisamente que muchas de las dificultades prácticas con que nos topamos en la vida son más que problemas, confusiones. Las confusiones son, obviamente, de carácter conceptual es decir, filosófico. Le corresponde, por lo tanto, a la filosofía

enfrentarlas y acabar con ellas. Eso, claro está, suena sencillo, pero la verdad es que exige el manejo de una técnica particular que es todo menos de fácil aplicación. Empero, si las dificultades filosóficas se gestaron en el lenguaje, **tiene** que haber un mecanismo sistemático de superación de confusiones de las que, por otra parte, prácticamente ningún hablante normal escapa. Si alguna ilusión me animó al escribir estos textos fue precisamente la de pensar que la situación se puede transformar y que se pueden tomar decisiones correctas una vez que la filosofía cumplió con su saludable función de aclaración conceptual. Sobre todo esto permítaseme decir ahora unas cuantas palabras.

Sin pretender ni mucho menos ser sistemático al respecto, quisiera pensar que puedo señalar, como resultado global alcanzado en estos trabajos, diversas ideas de utilidad general. En primer lugar, me parece que se desprende de algunas de las discusiones contenidas en el libro que en esta peculiar área de debate que es la filosofía práctica no hay ni puede haber soluciones universales, recetas de aplicación cósmica. Cada situación problemática exige una respuesta propia. Se destaca, por consiguiente, el carácter eminente e inevitablemente **contextual** de los problemas. Aquí la situación paradójica, y con la que tenemos que reconciliarnos, es la siguiente: no podemos excluir la posibilidad de que una y la misma respuesta, una y la misma decisión, sean satisfactorias en un caso e insatisfactorias en otro. Por ejemplo, aunque se trate de un aborto, una decisión de abortar puede ser permisible en un caso y condenable en otro. Ello dependerá de factores que cambian de situación en situación y habrá que razonar en cada caso problemático para acceder a la decisión correcta, si ésta existe. Pero no pasa de ser una ilusión de académicos pensar que esos mutantes factores no son relevantes o determinantes y que podemos encontrar un esquema de solución que sea universalmente aplicable. Esto es muy importante y, de ser acertado, permite echar por tierra multitud de “teorías”, éticas en este caso. También vale la pena señalar que no encontraremos en esta área de especulación “demostraciones” de ninguna índole. Esto está conectado con otros dos temas particularmente importantes. Me refiero, en primer lugar, al espinoso tema de la caracterización de los problemas morales y, en segundo lugar, a la desconcertante cuestión del sentido de la vida.

Si no me equivoco, se desprende de estos ensayos un cierto cuadro de la naturaleza de un problema moral. El cuadro en cuestión no pretende ser totalmente original. En realidad, es una síntesis de wittgensteinianismo y kantismo o, para ser más exactos, se trataría de un óleo wittgensteiniano con retoques kantianos. Lo único que yo me atrevería a reivindicar como original sería el haber efectuado el acercamiento entre algunos pensamientos de estos dos grandes filósofos. Ahora bien, la conexión interesante es entre una decisión moral y el sentido de la vida. La

utilidad de una decisión moral siempre ha sido un tema polémico. Después de todo ¿por qué tendría yo que actuar moralmente bien si puedo no hacerlo y, sobre todo, me conviene no hacerlo? La posición desarrollada en el libro permite entender por qué hay tal cosa como vida moral y por qué es ésta valiosa. Si no estoy en un error, las decisiones morales son importantes en la vida de una persona porque es sólo por medio de ellas que, quien finalmente se convirtió en agente moral, logra delinear su propia existencia, claro está en las condiciones materiales en las que vive. Ahora sí se comprende la vital función de la moralidad. Por otra parte, está la cuestión del método del análisis gramatical. La gran ventaja de este método, inventado por Wittgenstein, no es que resuelva los problemas reales que enfrenta una persona en un momento dado, sino que permite replantear el problema sobre nuevas bases, habiendo dejado atrás las confusiones originales que lo empañaban. Por ejemplo, alguien puede pasar toda su existencia buscando el sentido de la vida, orientar su vida en una u otra dirección, realizar conscientemente tales o cuales acciones, etc., sin percatarse de que fue en las decisiones mismas que fue tomando que se fue tejiendo el sentido de su vida. Buscaba más allá de sí algo que, como su sombra, lo acompañaba permanentemente y que no podía emanar de otra fuente que de su persona y sus acciones. De búsquedas inútiles como esa, destinadas de antemano al fracaso, nos salva la filosofía, la buena filosofía o, lo que es lo mismo (y sin ser dogmáticos) la filosofía wittgensteiniana.

Creo que debería ahora decir unas cuantas palabras en relación con la composición del libro. Una colección de ensayos ofrece, como todo, ventajas y desventajas. No es forzoso que así sea, pero puede suceder que una antología carezca del carácter unitario de un libro consagrado a una única temática. Para dar ejemplos famosos: hay antologías como las editadas por Klemke, esto es, colecciones de ensayos sobre Bertrand Russell, sobre G. E. Moore, sobre Gottlob Frege, etc., en las que las contribuciones versan sobre “un” tema (la filosofía de Russell, la de Frege, etc.). Pero también hay colecciones de ensayos de un autor, como la de Ayer, *Ensayos Filosóficos*, o la de Dummett, *Verdad y Otros Enigmas*, en las que lo mismo se discuten problemas de metafísica que de filosofía del lenguaje, filosofía de la mente o filosofía de las matemáticas y de la lógica. En casos así, lo que se busca transmitir es una perspectiva global, la posición que el autor se ha venido labrando sobre diversos temas a lo largo de los años y que, quizá, sistematizará en otro momento. En mi caso, después de haber producido libros, por así llamarlos, ‘mono-temáticos’ como mi libro sobre atomismos lógicos o el de filosofía de la religión, me pareció que podía permitirme este pequeño lujo de conjuntar ensayos que versan todos ellos sobre temas diferentes. Sin embargo, tampoco se trata de una compilación totalmente arbitraria. Con la excepción del artículo dedicado a la risa cómica, en todos ellos se abordan cuestiones de orden

práctico y que, de uno u otro modo, inciden en nuestras decisiones cotidianas. Esto, aunado al enfoque y a una perspectiva general, le da a esta colección de ensayos la unidad que necesita.

Wittgenstein dijo alguna vez que si la filosofía no le servía a las personas para salir adelante de problemas reales, entonces no servía para gran cosa. Una vez más, creo que tiene razón. En lo que a mí concierne, nada me gustaría más que convencer a todo lector de mi libro de que tengo razón y de que algunas de las cosas que afirmo podrían resultarle útiles. Pero no tengo ilusiones al respecto. Estoy seguro de que apenas haya terminado de leer estas líneas caerán sobre mí torrentes de críticas, objeciones y hasta (espero que no) imprecaciones. Pero hay un sentido en el que, aunque sería ello de lamentar, habría otro en el que no sólo no importaría mucho, sino que hasta serían bienvenidas, porque con ello se estaría respaldando la seriedad del trabajo que ofrezco y automáticamente se estaría, por consiguiente, salvaguardando su valor.